



Reseña de  
*“Marcelino Legido y la peripezia de su fe eclesial”*  
de José Joaquín Tapia

(Colecc. Persona nº 60), Fund. Emmanuel Mounier, Madrid 2017, 111 pg.

JOSÉ RAMÓN PELÁEZ SANZ

Párroco de Olmedo y los pueblos de su comunidad de Villa y tierra

[jorapesa@archivalladolid.org](mailto:jorapesa@archivalladolid.org)

Al cumplirse un año de la muerte de Marcelino Legido el 23 de julio de 2016, su hermano en el presbiterio de Salamanca, José Joaquín Tapia, publicó este libro en el que hace un ensayo de la eclesiología de Legido. Un trabajo que, además de en este volumen, apareció también en el libro homenaje *“El esplendor de la misericordia”* (Secretariado Trinitario, Salamanca 2018, 221-341).

Aunque el título, *“Marcelino Legido y la peripezia de su fe eclesial”*, parece invitarnos a pensar que se trata de una especie de biografía, lo que encontramos realmente en sus páginas es un intento de síntesis de las reflexiones teológicas que han alentado y sostenido la mística apostólica de Marcelino, su profundo amor a la Iglesia de Jesús y su ilimitada entrega al servicio del apostolado entre los pobres.

Este ensayo parte de una constatación: Legido nunca pretendió ser un especialista en eclesiología, ni siquiera un profesor universitario de esta u otras materias, sino que puso sus enormes conocimientos y capacitación profesional en lenguas, filosofía, teología y exégesis al servicio de su labor apostólica entre los obreros y campesinos, en las periferias marginales de Castilla, y para la formación de centenares de sacerdotes en sus ejercicios espirituales y mediante sus contribuciones a la espiritualidad del clero secular español.

Aun así, fue un gran maestro en esta materia, como demuestra Tapia cuando recoge sus enseñanzas y pensamientos, que tienen como pilares tanto la tesis doctoral sobre la Iglesia en San Pablo, "*La Iglesia del Señor un estudio de eclesiología paulina*" (UPSA, Salamanca 1978), como el acontecimiento del Concilio Vaticano II, con sus constituciones *Lumen gentium* y *Gaudium et spes*, que Marcelino acogió, estudió y enseñó con pasión en el momento de su celebración y durante toda su vida.

Se detiene también en cómo Marcelino supera los conflictos y confusiones que una exégesis bíblica mal asumida planteó en la Iglesia española de los años setenta, ochenta y noventa. Conflictos como la dicotomía Reino-Iglesia (Loisy), la ruptura entre el 'Jesús histórico' y el 'Cristo de la fe' (Bultmann - Käsemann), la excesiva distinción entre Jesús 'pre-pascual' y 'post pascual' o la marginación en la reflexión teológica de las llamadas cartas 'deuteropaulinas'.

En sus enseñanzas Marcelino recoge estos retos y supera los escollos de esas modas intelectuales, gracias a sus enormes esfuerzos en un estudio serio de la exégesis bíblica alemana y de otros países, y a su modo de leer la Escritura y acoger esos estudios académicos en la mesa de la Eucaristía, bajo la luz del Cristo pascual y en comunión con la Iglesia y los más pobres. Unos esfuerzos en los que la vida de oración y el servir el Evangelio a los pobres hacen que la vivencia mística del encuentro con el Resucitado en la vida fraterna de la Iglesia sea para él, como lo fue para los mismos autores del Nuevo Testamento, la clave hermenéutica fundamental.

El texto está plagado de notas. Muchas reproducen páginas enteras del Nuevo Testamento (a veces en griego) donde Joaquín Tapia quiere hacernos palpar como Legido está enraizando en la Palabra todo lo que nos plantea. Otras son apreciaciones personales del autor o referencias a la bibliografía especializada que subyace en los planteamientos que nos transmite.

En conjunto nos ofrece cinco capítulos, más la introducción y la conclusión, en los que podemos encontrar:

Empieza el libro con un “*Prólogo indigno*” (pg. 9-12) de Carlos Díaz, donde reproduce algunos párrafos de su libro “*Marcelino Legido*” (F. Emmanuel Mounier 2018, 82-83, 66-68, 50).

La “*Introducción*” (pg.13-32) de J. Joaquín Tapia expone la propia vida de Marcelino como “su mejor exégesis”, en particular su configuración con la cruz de Cristo, en la pobreza y entrega voluntarias, y en la noche oscura de su enfermedad psicológica. Aquí el autor desarrolla la reflexión con un interesante paralelismo entre S. Juan de la Cruz y Marcelino, y los momentos históricos que vivieron en torno a Trento y el Vaticano II.

El primer capítulo (pg. 33-52) sitúa la teología de Marcelino sobre la Iglesia en su tesis doctoral con la misma clave del Vaticano II: la Iglesia Misterio de Cristo en medio del mundo. Una reflexión que se basa en los himnos de las cartas a los Efesios y los Colosenses, donde se aúnan la existencia de la Iglesia con la historia de la Salvación y la historia del mundo, en cuanto todas ellas tienen su origen y consumación en Cristo como cabeza de todo. Una teología que Marcelino hace accesible a todos en torno a la idea de “Iglesia familia” con parábolas de la vida rural y sencillos dibujos que expresan como el misterio de la Trinidad de hace presente en la historia humana.

El segundo capítulo (pg.53-69) sitúa el origen de la Iglesia en la experiencia pascual de los discípulos. Experiencia tanto de miedo, ante el incomprensible escándalo de la cruz, como de alegría en el encuentro con el Resucitado. Un encuentro que supone para ellos un nuevo inicio, alentado por el Espíritu Santo, que hace nacer la Iglesia en Pentecostés. Una experiencia que el mismo S. Pablo tuvo (1 Co 15, 3-11) y que tiene su mejor ejemplo en el proceso de los discípulos de Emaús. Una experiencia pascual que nos es contemporánea, e imprescindible, para que hoy nosotros vivamos también este encuentro con el Resucitado presente en las Escrituras, en la Eucaristía, en la fraternidad cristiana y en los pobres. Los cuatro ámbitos en los que lo vivió y donde se alimentó la vida apostólica del mismo Marcelino.

El tercer capítulo (pg. 71-88) expone la fundamentación del misterio de la Iglesia en Cristo, con una cristología que tiene como referencias tanto el abajamiento, cruz y exaltación del Hijo en el himno de la cara a los filipenses (2, 6-11), como la referencia a los caminos del Galilea, donde encontramos las huellas que debe recorrer la Iglesia en cada nuevo momento de su historia. Frente a la ruptura entre el

‘Jesús resucitado’ y el ‘Jesús histórico’ (en boga en la teología de aquel momento) Marcelino recurre a la exégesis para exponer la continuidad y discontinuidad establecida por la Pascua entre ambos momentos; sin renunciar a que los signos de Jesús “en los caminos de Galilea”, con sus parábolas, curaciones, acogida de los pobres y pecadores,... sean los que marquen el camino de la Iglesia “en pobreza y persecución”, tanto en sus inicios después de la Pascua como en el momento actual, como señala también el Vaticano II (LG 8).

El cuarto capítulo (pg. 89-98) sitúa el nacimiento de la Iglesia desde el misterio de la cruz desvelado en la última cena por el mismo Jesús como entrega por todos, y su encargo de hacer de la fracción del pan el memorial que reúne a los hermanos en torno al Resucitado. La cruz es consecuencia de la persecución que se desencadena contra Jesús a partir de “la crisis de Galilea”; por posicionarse de parte de los pobres y oprimidos en el conflicto histórico que aquella tierra, y por su anuncio de la misericordia del Padre con los pecadores, que escandaliza a los considerados “los buenos” por la religión oficialmente establecida. Apunta también como son fundamentales en el nacimiento de la Iglesia tras la Pascua las referencias a la intensa vida de oración de Jesús ante el Padre y a la comunión de vida, bienes y tareas, ya comenzados entre los discípulos y discípulas en el camino del seguimiento de Jesús en Galilea.

El quinto capítulo (pg. 99-106) esboza en siete puntos una síntesis del pensamiento de Legido sobre la Iglesia. Destaca su carácter escatológico, como comunidad que es la levadura o las arras del Reino que se inicia en pequeñas fraternidades en el interior de la historia. La importancia del ministerio apostólico y las otras tareas eclesiales que la construyen mediante la Palabra y la Eucaristía. Y el don de la gracia que se da todos, judíos y gentiles, gratuitamente mediante el evangelio, hermanándolos en la experiencia del perdón y la misericordia.

La conclusión (pg. 107-111) apunta la provisionalidad de estas páginas, apenas un esbozo redactado en los primeros meses tras la muerte de Marcelino. Da un resumen de lo tratado, tomado literalmente algunos de los libros sobre la Iglesia que el propio Legido publicó en vida, y vuelve a insistir en que la verdadera expresión de su comprensión del misterio de Cristo, la Iglesia y el apostolado fueron su testimonio personal y, su modo de vida de místico pobre y entregado.